

Suboficiales en la Historia



SARGENTO SANCHEZ VIVANCOS

• «EL MANCO DE TIKUN»

DESPUES del «desastre de Annual» que costó a España las vidas de 12.000 hombres y al Ejército la pérdida de todo el territorio rifeño tan duramente conquistado a las cábilas rebeldes durante más de diez años de hostilidades y negociaciones, la zona de protectorado asignada a España en Marruecos por el tratado hispanofrancés de 1912, gozó de un bienio de precaria calma que permitió la reorganización de tropas y acercamientos diplomáticos en el Rif y fuera de él. Pero ya en 1924, la insurrección de

varias cábilas y los peligrosos ataques de Abd el Krim decidieron al general Primo de Rivera a iniciar de nuevo las operaciones militares.

Es en ese año cuando para la historia de España surge la figura de un hombre cuyo sacrificio y excepcionales virtudes castrenses situaron al nivel de la leyenda al nombre, la divisa y el emblema esquemático de un Arma: Infantería, los galones de sargento y Manuel Sánchez Vivancos «el manco de Tikún».

Nace Vivancos en Alhama de Murcia el 10 de abril de 1901. A los 16 años ingresa como voluntario en el Ejército y diez meses más tarde, al ascender a cabo, pasa destinado a Melilla. Toma parte en varias operaciones de la zona oriental y aparece citado dos veces en la orden de su unidad como distinguido. A los 20 años de edad asciende a sargento y continúa en el territorio hasta mayo de 1924 que se le asigna a Cartagena.

Un mes después de su llegada a la península, parte de nuevo hacia

Marruecos, encuadrado en el batallón de Cazadores de Chiclana n.º 17, y queda de guarnición en Larache. Sánchez Vivancos acaba de cumplir los 23 años y con tan poco bagaje de existencia y siete navida-

...el racionamiento de víveres y agua se impone por decisión de Vivancos...



des africanas, el joven sargento deja la ciudad moruna para internarse en la montaña al mando de 18 hombres y con destino al blocao de Tikún en calidad de comandante.

La posición no es lo que se dice un portento de ingeniería militar, apenas un barracón, el perímetro alámbrado, parapetos y unas rocas que ahogan en un espacio insignificante al personal que acaba de aposentarse. El abastecimiento, como es costumbre en toda la línea avanzada, se efectúa por medio de convoyes que llegan cuando pueden, y el agua, ha de buscarse un par de veces en semana a una distancia más que lejana, peligrosa.

Precisamente en una de las primeras aguadas de la guarnición, un ataque inesperado de los rifeños causa tres bajas entre los cuatro soldados encargados del servicio. A partir de este momento Tikún queda aislado del resto de la línea de blocaos y los hombres encargados de su defensa, van a dar comienzo a un largo calvario que acabará en un alucinante y espectral desfile ¡cuatro meses más tarde!

Las rocas que se levantan casi bajo las tablas de la caseta, sirven a la vez de parapeto a defensores y atacantes. Un nutrido fuego procedente de pululantes masas de chilabas y turbantes obliga a los 15 destacados a rechazar la ofensiva con granadas, porque el fusil, de no ser como hastil de bayoneta, apenas para otra cosa puede utilizarse. Dura poco este primer ataque, pero es tal vez el más dramático por cuantía fuera, al pie mismo del manantial, han quedado sin posibilidad de rescate los cuerpos sin vida de tres soldados españoles.

El racionamiento de víveres y agua se impone por decisión de Vivancos. Nadie sabe hasta cuándo durará la situación y no parece probable un rápido viraje en los acontecimientos a juzgar por el panorama que se columbra desde los parapetos: las lomas próximas y el valle que queda al pie del blocao, se han convertido, tan sólo en unas horas, en campamento de asedio musulmán.

Transcurren los primeros días de octubre en un desesperante parén-

tesis de espera. El enemigo aguarda ¿aguarda a qué? Escasea el agua, la sed y la constante vigilia, unidas a una tensión corrosiva y creciente, van destruyendo a golpes de zozobra el sistema nervioso de cada uno de los hombres. Calma, quietud y alerta sin transición entre las fechas.

Por fin, el día 14 se observa un sospechoso movimiento entre los grupos de rifeños. Vivancos dispone la defensa. Las granadas se amontonan junto a cada combatiente en potencial montón de hierro y fuego. Como viscosos reptiles avanzan ladera arriba las masas de asaltantes y a un grito, coreado por espantoso ulular de sonos infrahumanos, yérguense los cabileños, y al instante, una tormenta de metralla envuelve a las defensas.

Los cuerpos despedazados envueltos en girones de chilaba, estréllanse contra las rocas hasta dejar enrojecido el musgo. Los de Tikún grannean al enemigo casi desde el alcance de su mano, y en ese desesperado intento por la supervivencia, el sargento Vivancos dirige el fuego a voz en grito. Señala posiciones,

corrige asentamientos y como uno más de los exhaustos combatientes, arroja granada tras granada sobre el parapeto; más, una de ellas estalla antes de tiempo y la explosión se produce cuando la bomba está empuñada entre los dedos de Vivancos.

...la explosión se produce cuando la granada está empuñada entre los dedos de Vivancos...

Apenas unas piltrafas renegridas y sanguinolentas han quedado prendidas de un muñón de brazo que se seca a chorros. Queda tenso el sargento, rígido, sostenido incomprensiblemente en pie por una fuerza misteriosa que se resiste a las explicaciones de la ciencia. Sin mano y desangrándose, llama Vivancos al más próximo soldado y le pide haga un torniquete sobre la herida y ante todo... que guarde silencio. Nadie debe conocer su estado.

El enemigo, consciente de la imposibilidad de ocupar el blocao, se retira dejando el suelo cubierto de cadáveres. El sargento Vivancos a duras penas consigue alcanzar el barracón y una vez allí, manda acercarse a uno de los cabos y mostrándole la herida, le anima a que la limpie con alcohol y recorte los girones que aún quedan prendidos a la piel y el hueso; más, aquél cabo que acaba de jugar una baza decisiva con la muerte, no puede soportar la vista del muñón y cae desmayado a los pies del sargento. Un segundo se niega, tampoco puede cercenar aquella carne palpitante; sin embargo, si conserva la entereza suficiente como para tensar al

máximo el torniquete que ya hincha, en cárdeno tumor, el miembro mutilado.

Vivancos pálido, sudoroso y temblando, toma un machete, apoya el brazo sobre una caja de munición y... recorta uno por uno cada girón de sí mismo. Al acabar su propia operación, la sangre le corre desde la barbilla al cuello. El cabo «ayudante» le pregunta espantado: ¿también le han reventado, mi sargento? Vivancos no puede contestar, tiene la boca inundada y el labio inferior partido.

Seis días después, los defensores de Tikún anotaban en el diario de operaciones: «Hoy se han terminado completamente los víveres y el agua. Los soldados beben orines hervidos y varios se han desmayado en el parapeto». Los orines constituyen también el único remedio contra la gangrena que amorata la herida de Vivancos. En tan insostenible situación y constantemente vigilados por la morisma, aún soportan trece días más sin esperanza.

El 3 de noviembre, tras un mes de sitio, una pareja de soldados solicita de Vivancos autorización para hacer una salida a la desesperada hasta la inmediata posición de Harcha, a un kilómetro de distancia del blocao. Por fortuna esta arriesgada decisión proporciona a los sitiados algunos víveres y sobre todo agua.

En días sucesivos reciben abastecimiento por aire, aunque raramente pueden conseguir lo que se les arroja, ya que el salir de la posición representa una muerte segura. Desde las más elementales carencias, dos veces son requeridos por los asediados a una rendición «ventajosa», a través de un cabo español prisionero y por medio de un compañero de Vivancos que se dirige a él encañonado y con grillo en los

pies. Pero la decisión está tomada, no caben argucias ni promesas frente a la voluntad de los hombres de Tikún.

Tres meses más, hasta el 14 de enero de 1925, soportarán la sed, las pesadillas del insomnio, el fuego y los ataques del rifle y las punzadas de la propia alma en confusión de tentaciones y aquel día, Vivancos al frente de una hilera de espectros vestidos de soldado, levantará un piquete de alambrada y dará por concluida su misión. Tikún ha sido evacuado, no rendido.

...dos veces son requeridos por los asediados a una rendición «ventajosa».

El gobierno español de la zona del protectorado, a través de las laboriosas negociaciones con los cabecillas de la insurrección, hizo posible que aquel puñado de héroes salieran, escoltados por el enemigo como 25 años atrás lo hicieron otros compatriotas en Baler.

Manuel Sánchez Vivancos fue ascendido a suboficial por méritos de guerra diez días después de haber cumplido los 24 años, y posteriormente, pasó al cuerpo de Inválidos donde recibió la Cruz Laureada de S. Fernando tras un largo expediente que acabó de resolverse en 1934. Falleció en su pueblo natal a los 52 años de edad. Era un día de 1953 y el recuerdo de aquel «Manco de Tikún» queda latente entre los que le conocieron con la misma vigencia que, pasados los siglos, mantendrá en el eternamente inacabado libro de los héroes españoles.